

NÚMERO ESPECIAL

Vivir del dolor de muelas cuento/ historia de Hiram Abbib: Primera parte.

José Fernando Barreto-Reyes ¹ 

OPEN ACCESS

Afiliación Institucional

¹ Universidad del Valle, Facultad de Salud, Escuela de Odontología, Departamento de Estomatología, Cali, Colombia.

Citación:

Barreto-Reyes JF. Vivir el dolor de muelas cuento/historia de Hiram Abbib: Primera parte. *Rev Estomatol.* 2021 Junio 2021;29(1):e1011416.

DOI: 10.25100/re.v29i1.11416

Recibido: 28 Junio 2021

Evaluado: 29 Junio 2021

Aceptado: 30 Junio 2021

Publicado: 14 Julio 2021

Correspondencia:

José Fernando Barreto. Calle 4B #36-00. Edificio 132, Cali, Valle del Cauca, Colombia. Email: revista.estomatologia@correounivalle.edu.co

Copyright:

© Universidad del Valle.



HOMENAJE POSTUMO

El presente manuscrito fue entregado por el Doctor José Fernando Barreto Reyes al profesor Alberto Calero con el fin de que fuera publicado una vez él partiera para la eternidad. Tal y como fue su voluntad le estamos cumpliendo a quien fuera el visionario, artífice, maestro de maestros y principal gestor de la fundación del Departamento de Estomatología hoy Escuela de Odontología. Su legado permanecerá en los corazones y en la vida de todos los que hacen parte de la familia Escuela de Odontología de la Universidad del Valle.

Mi nombre es Hiram Abbib, o sea, mi nombre es Hijo de Hiram.

Hiram con hache inicial y eme final, como debe escribirse en el buen lenguaje persa de la civilización adámica y en la pervertida lengua de los descendientes o provenientes de Jafet (el tercero de los jijos del malnacido del Tubal Caim, forjador tenebroso de metales en el profundo averno, al igual que el pelasgo Hefestos) que lo escriben sin la insonora inicial y con le de nene final [Iran) como cualesquier periodista de los años cincuentas que resolviera dar la noticia de que Palavi Reishi luego de proclamarse emperador del Per Sha decidió ser consorte de la bella Soraya, la de los ojos garzos y la sonrisa eternal iluminada por Febo.

Mi padre fue, como es apenas natural porque así lo dice mi nombre, fue HIRAM. Un dentólogo, *constructor de templos y de Puentes de fantasía* en las bocas semidentadas de sus congéneres, que son mis congéneres y tus congéneres desde la eternidad de los últimos mil cuatrocientos siglos, pero emparentados con los macacus hominis que, suponemos a pesar de que lo niegan los teólogos, excepto Teillard de Chardin, se originaron en las amebas marinas luego de la síntesis de la primera proteína constituida al derredor de un N (nitrógeno) con la complicidad de unos HH (hidrógenos) en la presencia de quien sabe que convenientes testigos y participantes del aquelarre, unos desconocidos OO (oxígenos) y otros igualmente ignotos componentes de las aguas marinas entre los que sobresale el Na. (¿se dice So - Dio?)

Yo soy, como mi progenitor y hermano, Hijo de la Viuda, y también soy dentólogo con ínfulas de stomatólogo, a pesar de que primero me gradué de Contador en la Escuela Nacional de Comercio de la Muy Ilustre Villa de Santa Fe de Bogotá, profesión de la cual hice muy poco uso pero que termino sirviéndome para vivir del cuento, como pretérito émulo de Alberto Alejandro Buenaventura, el Hijo del Mono Buenaventura, uno de los Cuenteros Mayores, que forma equipo con quienes hemos vivido de voliar lengua, al igual que lo hace Ursula María Mina Ocoró, de la vereda de Charambirá en las inmediaciones del río Hijuá y lo hizo la progenitora del Flechas, hijo putativo del caletre de David Sánchez Juliao, en los alrededores de Lequerica.

Mi padre estudió dentistería en el Instituto Dental de Bogotá durante dos de los tres años que se exigían para recibir el grado de “profesional sacamuelas”, no porque fuera mal estudiante, sino porque mi abuelo, como dice la canción, “por parte de pare”, siendo Rector Emérito del Liceo Boyacá de Tunja, por sí y ante sí, como buen practicante de

aquel refrán gallego-andaluz que dice “en mi casa mando yo, se hace como digo yo y se piensa como digo yo, vamos niño”, digo, resolvió impedir que mi padre contrajera con mi madre y, ni corto ni perezoso, lo embarcó para la Patagonia; bueno esto no debe interpretarse en forma literal ya que la frase es un decir para designar el lugar mas alejado, porque la “verda verda” fue que la mandó para Frankfurt (Alemania) a que estudiara la carrera maldecida por todos antes de que se sienten en el sillón dental pero bendecida por todos después de que lo abandonan con un diente menos u un diente más.

Pero como buen descendiente de Gallegos (que el apellido Cajigas no nos deja desmentir) luego de otro bienio de estudios y cuando nuevamente le faltaba un año para recibirse, el señorito, jalao (como dicen halado por el corazón los cañis sevillanos de aquende la Al -Hambra) de nuevo tira todo por la borda y viene a culminar la carrera de su vida junto a mi madre, a pesar de que para subsistir tuvo (¿es así o es tubo, como er caño pa lagua?) que ampararse con el diploma de su compañero y gran amigo Numael Vargas, quien si terminó graduándose en la primera promoción de egresados del mentado Instituto Dental de Bogota.

Del connubio fuimos fruto doce hijos, de los cuales, como si fuera un signo de equilibrio, ocupe el sexto puesto (¿lugar?) el que aún conservo a pesar de que la parca arrastró a cuatro de mis fráteres, dos mayores y dos menores. Gracias al Gran Arquitecto del Universo y los esfuerzos de mi Pare, miembro de la misma cofradía, los ocho somos profesionales: tres en el campo de la salud, tres el campo de las ingenierías, una en el campo de la sociología y una en el campo de las Humanidades y Lenguas Modernas, aunque no la mueve mucho porque resultado supremamente discreta, diría, inteligente para andar divulgando a los cuatro vientos los cono – cimientos de pecatas amistades de gringolandia donde “eferce”.

Bueno, si de lenguas se tratara, tres hemos estado metidos en este terreno puesto que en el de las lenguas muertas somos dos los que hemos hecho labor de zapa, lo que nos ha permitido aventurarnos, también, en el ámbito de las lenguas vivas. Por supuesto, es justo decir que, como la mama del Flechas, todos tenemos la lengua viva y que cuando dejemos en el seno de la madre tierra el vestido que hemos utilizado durante esta existencia, manes de David Sanchez Juliao, también tendrán que enterrarnos en dos ataúdes: uno para el cuerpo físico y otro para “el órgano sexual que los antiguos utilizaban para hablar”.

Claro que llegar a ser persona con título profesional, en mi caso no fue sencillo.

Primero porque de resultas de mi cancha por haber estudiado en la Escuela Nacional de Comercio hasta “graduar meeee como Bachiller Contabilista y Contador, ya lo dije antes, tenía tremenda experiencia comparado con los que el azar me dio por compañeros cuando decidí estudiar bachillerato clásico, dado que “en mi época”, como dirían mis abuelos, no había equivalencia entre el pensum comercial y el pensum clásico cuando de bachilleratos se trataba. Es decir que inicié mi bachillerato clásico ya bien adelantado en edad (16 años) por lo que me convertí en el mandamás del grupo, valga decir el que más balaba o rebuznaba, según se viera y desde donde se obser-vara, que con muchas me dieron, hoy se dice “lider”, prevalido de mi mayor estatura, añejamiento y experiencia.

Pero además por una enorme capacidad de absorción de conocimientos que a “tan temprana edad” ya poseía, lo que me daba la oportunidad de aburrirme enormemente durante las clases (torturas de la pedagogía magistral enmarcadas en el adagio de “la letra con sangre entra” y el concepto “usted vino a aprender y yo soy el que se, por lo tanto, no discuta”) de tal manera que a hurtadillas siempre encontraba la oportunidad de expresar mi fastidio haciéndole maldades simples al compañero de adelanta, de atrás y de los lados, razón por la cual me asignaron lugar especial cerca al atril del maestro de turno.

Pero cuando no había alguno presente, el rey de la clase era yo; yo era el que organizaba la pelotera, el zambapalo, la trifulca, la guachafita, la representación escénica para imitar a los docentes resaltando, como el bufón, aquellas características que dieran más verisimilitud a la caricatura.

Hasta el día en que, para mi desgracia pero también para mi ventura, organicé una de las de bacle mediante la iniciación de una guerra de zapatazos y, ya en plena batalla, con la astucia de la zorra que sabe que el lebre se aproxima y que no es bueno estar en medio del gallinero alborotado por la depredación, me salí del salón para ir a recibir, como mansa paloma, al “magister dicit” que nos pretendería inculcar, en la siguiente hora, una de las más interesantes, motivadoras e incomprensibles disciplinas, la que yo más “amaba”: ARITMÉTICA ANALÍTICA.

El hecho fue que al entrar al salón a la par del “profe”

y con la percepción que da la certeza de que está por saltar un rayo del cielo a pleno día, sentí que, es decir tuve la premonición, la percepción, la corazonada, el palpito, de que venía un zapatazo directo a mi cabeza y para evitarlo, ágilmente me agache. Pero, ¡Oh desgracia!, el bólido en forma de oloroso tenis, fue a dar justo en el blanco equivocado, ¡la cara del “ma-estro”!

Como era de esperarse hubo tremenda reprimenda adornada de todo tipo de medidas disciplinarias en contra de mis compañeros, pero que a mi no podían alcanzar porque “yo venía con usted, profesor, y usted vio que no tuve nada que ver”.

Sin embargo, el ánimo retaliatorio (¿se dice así o “retaliativo”?) sirvió de aci-cate no-cate durante el resto del año para que entre el “maestro” y yo-tas se estableciera una batalla especial: el con la intención de rajarme, de gol verme lo que dijo el viejo cuando pisó el bollo y yo, con la certeza de que únicamente con mi esfuerzo y estudio no le daría el gusto de la venganza satisfecha. Como dicen hoy en día: “No había que dar papaya”

Hasta que le llegó la hora esperada, el examen final planeado para el antepenúltimo día del colegio.

Yo, bien seguro de que en la guerra había exhibido mis mejores armas y había vencido en la mayoría de las batallas de la “amada” (léase odiada) matemática y convencido de que pasaría el año nítido, limpio, completo y sin deudas ni dudas, me retire a mis cuarteles de invierno. Claro que como en nuestro país no existen las estaciones (fuera de las de los trenes, los intermunicipales o las de la radio) esta frase es una forma retórica de decirle a las añoradas y siempre bien recibidas vaca – ciones, que es este caso eran las de fin de año.

Es decir me fui, me largue, me parché de jolgorio al Chocó, la tierra de mis amores infantiles y juveniles, concretamente a Quibdó. donde me dedique al bucólico placer de ayudar a mi madre en las labores de ordeño de las cuatro vacas romosinuanas con las que mi papá, [ya se porque soy tan iluso] pretendía introducir la ganadería de leche en un inhóspito (no quiere decir falto de hospital sino malp..... clima) y que para mi vieja eran la oportunidad de volver a los quehaceres de su juventud, así como para mi era la oportunidad de volver a transitar a pie limpio por la carretera de Quibdó al Caraño, la ocasión encontrar de nuevo a los amigos de la niñez, como William Bechara, Darío Porras, Alvarito Cañadas y, en fin, todos aquellos que me acompañaron durante las muchas excursiones a las márgenes del Cavi, a las de la quebrada de Beteguma, o a las riveras del Rio Quito, etc.

Claro, también la oportunidad de ayudar a mi madre en la preparación de la “cuerda” de gallos finos de mi padre, con

los que los sábados y domingos se cupaban (será ocupaban) las tarde de reminiscencias sobre los comportamientos exitosos del “giro”, del “manchao” del “tuerto” o sobre la falta de clase y la muerte de alguno que otro en la espuelas de los ejemplares de la cuerda del “copae Lascario Barbosa” o la del “mono Figueroa”.

Y con la seguridad del que nada teme porque nada ha hecho, permanecí en estas deliciosas “compañas” haciendo lo que más me gustaba hasta una semana después de la entrada al lejano colegio para iniciar el nuevo año lectivo.

Más ¡Oh sorpresa!! Mi viejo enemigo en el campo de las matemáticas, el profe-sor Delgado, habiendo encontrado la oportunidad de saciar la sed de su venganza, me había chantado, afrijolao, colocado o “aplicao” el fatídico dos con ocho que me hacía reprobar su material y me ponía en la obligación de habilitarla.

Y para mi desgracia, la semana de las habilitaciones había concluido doce días hábiles antes de mi regreso a la fría capital de “Cholombia”, por ese entonces aún denominada Atenas de América.

En plata blanca, esto significaba que había perdido el segundo de Bachillerato clásico a la temprana edad de 19 años época en la que otros compañeros de martirios ya lo habrían concluido.

Dos alternativas se dibujaban en el pretísimo horr-izante (léase: dos alternativas se dibujaban en el negrísimo horizonte) o rogar al Dr. Bernal, Rector del Colegio, que se apiadara de mí para repetir el año, o dejar trunca mi aspiración de seguir los pasos de mi hermana que por estas calendas ya había concluido su formación como “certificada sacamules y cura-dientes.

Opté por la primera y después de muchos ruegos y promesas recibí la autorización para matricularme de nuevo en el segundo de bachillerato clásico, es decir, entre al club de los repitentes.

Con esta solución en el caletre y ya más tranquilo escribí una carta explicativa a mi padre. La respuesta fue clara y contundente: pero dirigida a mi tía, la responsable de la casa en que habitábamos mis tres hermanos y yo: “favor no permitir más la entrada a (aquí mi nombre de pila en diminutivo, como solían llamarme). De hagora em diante que se defiendra como puerda”. (Castellano + portugués + deutch) Firmado HIRAM.

Y entonces me ¡¡encontré con mis escasos bártulos de patitas en la calle!!

Pero no me amilané y fui a casa de mi abuela materna y de mis tíos “por parte de mare” quienes, gracias a Alá, me acogieron durante unas dos semanas.

Luego, gracias a los oficios de mi hermano el galeno que ya estaba haciendo su post-rural, conseguí puesto de celador nocturno en el Instituto Samper Martínez, donde me tocaba cuidar las jaulas de los animales durante la noche, surtirles la comida y lavarles el hábitat para espantar los nauseabundos olores de sus correspondientes orines. Es decir, empecé por el oficio de entrodero nocturno de una parte de los descendientes de los otrora habitantes del Arca de Noé.

Allí, Benedictus Omnipotens Pater, tenía cuarto y baño y, gracias a mis compañeros de trabajo, ya que pude hacer que uno de ellos por turno semanal marcara en mi tarjeta y con mi llave de los relojes fijos, las horas en las que se suponía que yo realizaba mis visitas entre las 2:00 y las 5:00 A. M.

Así me acostumbre a dormir únicamente tres horas al día. Mejor, a la noche, porque para mí, como para los gallos empezaba y, aún lo hace, el día comienza a las dos de la madrugada. Gracias mil nuevamente a Alfonso Gaviria y a Manuel Useche, mis compañeros de guardia nocturna o watchimanía en el Samper Mendoza. Hoy soy alguien por el apoyo que ustedes me brindaron de 1947 a 1949.

Pero como no todo había de ser tan fácil, llegó el desafortunado mes de Septiembre de 1.949 en el que estaba por concluir mi quinto de bachillerato clásico cuando, no se como ni porque me infecté con el bacilo diftérico y hube de ser internado de urgencia y de caridad en el Hospital San José de Bogotá.

La perspectiva era negra porque la opción era una traqueostomía u seáse la perforación del guarguero por debajo de la manzana de Adán, para que pudiera seguir respirando. Pero como el Gran Arquitecto del Universo siempre me ha tenido en su mano, quiso el destino (kismet en la lengua de Ali, el yerno de Mahoma) que el médico de turno que me recibió en urgencias fuera el hijo homónimo de mi tío Luis, hermano carnal de mi padre y por tanto primo del que esto suscribe, quien en una clara desobediencia a la rutina de tratamiento, en vez de proceder a perforar mi tráquea, resolvió pasarme una sonda nasofaríngea y de esta manera no perdí el segundo instrumento con el que había empezado a ganarme la vida: mi voz.

Ya recuperado de esta fatal enfermedad y con la promesa y el firme propósito de abandonar el cigarrillo que me había acompañado por más de 10 años, volví a mis clases y con mucho esfuerzo logre pasar a sexto de bachillerato.

Pero el precio fue muy alto; durante los siguientes cuatro años no pude volver a cantar y tuve que abandonar la orquesta que habíamos organizado desde 1.947 y en la que, entre otros, teníamos puestas nuestras esperanzas Otto Gráfestein, José Alarcón, Jorge Enrique Vega, Victor Hugo Ayala, Hector, el “Mocho Castro, Enrique Méndez y yo.

Finalmente en Noviembre de 1951, culminé mi bachillerato clásico, pero era tal mi situación que no pude pagar los derechos de grado y aún hoy no tengo el cartón de Bachiller; en su lugar recibí una constancia de que había terminado estudios secunda-dios en el Externado Nacional Camilo Torres.

Lleno de esperanza y de contento, después de por lo menos cinco años de no ir de vacaciones a la quibdoseña casa paterna, jugándome “al azar la vida, de todas maneras la tengo perdida”, como dice el poema de León de Greif, viaje a la capital chochoana para buscar el apoyo a mi ilusión de ingresar a la universidad para estudiar la anhelada “dentología”.

“Vana ilusión mi sueño fue”, como dice el bolero cantado por Leo Marini. Hiram Padre no se conmovió de Hiram Hijo y ni una palabra soltó, para desengaño mío y dolor de “la doña” como le decían en el Chocó a la autora de mis días.

Pero el destino, como en el caso de Sergio Stepanski, estaba jugado. Esperé a que Hiram padre saliera de correría Atrato abajo y por la otra puerta de la casa alí con el equipo portátil de odontología de su propiedad.

Este era una vieja silla de “catres” de lona tapizada en rojo con su correspondiente armazón de hierro colado que se transportaba en una caja – base, de marca S.S. Wite, una máquina de pedal con su correspondiente brazo triple y pieza de mano recta, también de marca S.S. White, cinco pinzas de exodoncia (una universal para superiores, una universal para inferiores, una pinza de raíces, una pinza de caninos y una pinza cuerno de vaca) un juego de cuatro elevadores rectos, una cureta para “limpiar alvéolos”, una pinza de gubia, cuatro jeringas “cárpule” para anestesia dental, una caja de agujas para jeringa cárpule, dos cajas de cárpules de anestésico (una con y otra sin epinefrina), suficiente algodón y gasa, un frasco de gasa yodoformada, todo para la extracción de dientes.

Barreto JF

Un frasco de cinco libras de “mercurio químicamente puro” marca Moyco, dos frascos de limadura de plata, también “Moyco” de cinco libras cada uno. Dos portabandas matrices, cinco rollos de banda metálica para matrices, empacadores de amalgama, transportador de amalgama, dos morteros con sus correspondientes pistilos, cemento “Tenacyn”, óxido de zinc (frasco de cinco libras) y Eugenol.

Discos de separar, discos de carborundum, portadiscos, discos de oro para elaborar casquetes (una caja con calibres surtidos) un capsulador manual, (en estos días se lo cedí a un compañero para que pueda hacer el museo que yo nunca logre organizar) dos lámparas metálicas para alcohol y una cubeta especial para esterilización del instrumental. Ah! Y espejos de boca, exploradores y pinzas algodoneras en abundancia.

En fin, todo lo que durante mis años infantiles había ayudado a manejar, incluyendo un juego de muflas de Hanau con su correspondiente prensa para la confección de dentaduras y puentes removibles con “barra lingual comercial en acero”.

Muchas lágrimas de “my moder” y una gran decisión y el tardío renacuajo paseador se lanzó al otro extremo del país: los llanos orientales.

Para llegar a esta región entre por Pajarito, Boyacá, ilustre y por entonces, como hoy, desconocido pueblucho que años más tarde alcanzaría connotación nacional, como que fue la cuna de casi todos los “pájaros”, nombre con el que se designaron a los papases de la violencia reivindicatoria (léase guerrilleros) con las que las gentes hastiadas y de grupo cachiporro, respondieron a los azulejos “chulavitas” de mi general Gurropin.

Pajarito, villorrio boyacacuno colocado al piedemonte de la cordillera oriental, donde compre dos mulas y un caballo aperado, para llegar a la zona de la entonces Intendencia de Casanare, descendiendo lentamente por las estribaciones de la cordillera oriental hacia los llanos del Ariari y a lo largo de dos año, de fundo en fundo, de hato en hato, pasando por muchas poblaciones hasta llegar a Arauca a orillas del Orinoco y de regreso, unas veces por plata y otras por comida y alojamiento, ejercí la dentistería hasta que regre-

sando por el río Cravo Norte, un día ya no pude continuar trabajando porque se me agotaron los materiales que con mucha abundancia había comprado en la capital con notable disminución del idem, pero tenía una buena suma que guardaba en el bolsillo secreto de un carriel antioqueño que había adquirido por trueque a dos extracciones y una caja de dientes.

En Acacías decidí entrar a Bogotá por la zona de Sumapaz y para ello, con mis dos mulas de cabestro en las que llevaba el equipo dental portátil me enruté hacia Nuchía.

Y hételo ahí (como había aprendido a decir cuando en las largas noches de luna los llaneros de los hatos se reunían al “derredor” de las tulpas a cantar o a contar sus historias de amor y espanto) que en llegando a la población se soltó un invierno de tan grandes proporciones que hube de quedarme en la fonda de la población a la espera de que amainara la furia de las nubes descargadas en líquidas verticales.

Pero como se alargaba en demasía el caer y el correr de las aguas, después de haberme arrimado a la botica del pueblo para ver si de casualidad tenían algunos materiales que me pudieran servir para trabajar, lo cual fue infructuoso, hice amistad con el boticario y a través de él con el medico, con el juez y con el cura párroco, con quienes organizamos una mesas de juego de cartas, inicialmente y mientras nos acompañaba el padre Ambrosio, de tute, pero luego que él se retiraba a sus oficios, o a quien sabe que otros menesteres, se convertían en mesas de veintiuna o de poker.

El hecho es que poco a poco fui gastando mis ahorros en pago de la pensión y en cubrir las deudas de juego hasta que, habiendo perdido equipo, instrumental, mulas y caballo aperado, me quedé con lo que tenía puesto y a la caridad de la esposa blanca del juez negro de la población.

Esta buena señora y amiga, doña Soledad Rico de Palacio, no se porque razones se había encariñado con migo y. una vez calmado en algo el invierno, me facilito lo del pasaje a Bogota, me proporcionó la dirección de su casa paterna y me entregó una carta en la que me recomendaba ante su padre para que me ayudara.

Cuando llegue a la dirección de la carta, es decir a la casa de doña Soledad, toque con mucha aprehensión por que no sabía como iría a ser recibido.

Como siempre, la mano del Creador estaba tendida sobre mi. Se abre la puerta y una señora de mediana edad me

pregunta que se me ofrece. Respondo que estoy buscando a don Maximiliano Rico. Este era el nombre en el sobre.

La señora se voltea y llama “Max, te necesitan en la puerta” y estupefacto veo aproximarse a mi compañero de equipo de basketball del colegio: Max Rico.

Medio atontado, les explico que estoy buscando al padre de doña Soledad de Palacio, la esposa del Juez de Nuchía y entonces la señora que me abrió la puerta me dice que ella es Soledad de Rico, la madre de la esposa del Juez y que el señor Rico, don Maximiliano es su esposo y padre de mi compañero, que para este momento ya me había reconocido y abrazado pues hacía poco más de tres años que no nos veíamos.

Entrego la carta, me hacen seguir, me presentan con don Maximiliano, un respetable señor ya mayor, con la otra hija, Cristina y con los otros dos hermanos mayores de Max y tengo que contarles las circunstancias que me han llevado hasta su hogar.

Después de leer la carta de su hija me ofrecen su apoyo, y me brindan su amistad que hoy recuerdo con mucho afecto agradecimiento y añoranza.

En mi interior decido molestar a mis parientes y en medio de la promesa de que los visitaré al día siguiente me dirijo casa de mi abuela. Allí narro las extraordinarias y extrañas circunstancias y recibo el amor que siempre me brindaron mama Hermelinda, mis tíos y sus esposas y mis pequeños primos y primas.

Al día siguiente, después de almuerzo, me hago presente en casa de los Rico y estos me presentan a Héctor Concha, sobrino de doña Soledad, quien me invita a que lo acompañe porque cree que hay un puesto que me puede servir.

Así lo hago y en su compañía llego al Restaurante Monte Blanco de la Carrera séptima con Avenida Jiménez, donde me presenta al señor Arias, administrador del establecimiento, quien me dice que necesitan un cajero, que si tengo experiencia y que lo que más necesita es honradez. Con la ayuda del primo de Max respondo las inquietudes y me dice que al día siguiente, en el turno de las siete de la mañana a las dos de la tarde inicio el trabajo.

Al salir doy las más calurosas gracias al señor Concha (des-

pues sería muy buen amigo y hasta mi cuñado) y al despedirnos, paso a la iglesia de San Francisco, ubicada exactamente al frente del restaurante y en donde en algunas épocas navideñas de mi lejana niñez conforme parte del coro, para, desde lo más profundo de mi ser y con la más grande gratitud, manifestar al Creador mi más ferviente reconocimiento por las maravillas con las que me había abrumado.

Dos años duro trabajando en la firma Moreno Hermanos Ltda, dueña de la cadena de “restaurants” Monteblanco y de la pasteurizadora de leche La Chucuita. En esta firma pronto asciendo a Administrador del restaurante donde me inicie como cajero; luego me pasan a administrar el Monteblanco del barrio El Nogal; con más experiencia me dan la responsabilidad de organizar y administrar el Nuevo restaurante de la Avenida Chile y luego me pasan a administrar la pasteurizadora.

Mientras esto sucede y con no poco esfuerzo, vuelvo a encarrilarme en la contaduría y para ello estudio en la Escuela Nacional de Comercio “ESCOMO” (la gente decía que “era como no estudiar”) actualizando los conocimientos que ya tenía.

En Octubre de 1.954 me desvinculo de Moreno Hermanos e ingreso, como Jefe de Kardex y de Importaciones, a la firma Álvaro Soto del Corral, ALSOCO Ltada, importadora de maquinaria pesada de ingeniería, marca Allis Charmes.

En Diciembre 17 salimos a vacaciones de fin de año para reintegramos el 8 de Enero de 1955.

Pero el 26 de Diciembre de 1.954, en un golpe de suerte, me gano el premio mayor de la lotería de Nariño (1'200.000 pesos que con el cambio a la par eran 1'200.000 dólares) y sin pensarlo dos veces, el 27 de Diciembre, al cobrar el premio en rama, previos descuentos de impuestos, me dirijo a la Tesorería de la Universidad Nacional de Colombia y deposito contra recibo \$ 900.000 como reserva para pago del instrumental de odontología durante los tres primeros años de la carrera. También compro el formulario de inscripción a la Facultad de Odontología y escribo la carta de renuncia al cargo en ALSOCO con fecha 1° de Enero de 1. 955

Durante las festividades de fin de año y hasta el 18 de Enero de 1955 me dedico a repasar lo del bachillerato, ya que hacía poco menos de cinco años que no cogía un libro

Barreto JF

El 19 de Enero me presenté al examen de admisión. Siento que he acertado en la mayoría de las preguntas y me considero seguro de entrar a la Facultad.

El 23, como nos habían informado, voy a mirar los resultados. Y ¡oh! Sorpresa ¡ ¡no había pasado! pese a que ocupé el puesto 52 y la línea de división entre los que sí y los que no fue trazada por debajo del puesto cincuenta. ¡Mala pata!

Pero, nuevamente la mano del Supremo me cobija. Los cupos para primero de Odontología eran ochenta (80) y las directivas de la Facultad resolvieron cubrirlos con los 30 siguientes a la raya divisoria. Nos habíamos presentado algo más de cuatrocientos aspirantes.

Así, con muchas vicisitudes, después de ejercer como dentista práctico, y con mucha ayuda divina, por fin pude iniciar los estudios en la carrera que siempre me había parecido la que más me sería útil para orientar mi vida. La que siempre había deseado estudiar porque no me veía en otra.

Entre el 27 de Enero y el 17 de Febrero de 1.955 al “estilo peripatético y con el gasto de dos pares de zapatos, gracias a que Calos Bernal Baquero, esposo de otra hermana de Max Rico me presto los 6 tomos de la Anatomía de Testut – Latarjet, me aprendí de memoria toda la osteología, toda la artrología y más del sesenta por ciento de la miología humanas. De manera que al iniciar las clases esta materia, que era el coco tanto en medicina como en odontología, (los estudiantes de las dos carreras estudiábamos juntos) ya para mí, por lo menos en la teoría, era pan comido. Y en la práctica, también lo fue porque, no se porque extraños designios siempre he tenido una extraordinaria habilidad manual.

Aprovechando los apuntes que me presto mi hermana, a quien volví a visitar para pedirle su apoyo, el que me ha brindado hasta hoy en día, también pude adelantar mis estudios en física médica, química, microbiología (en la carrera se llamaba bacteriología) y anatomía dental.

El primer año, que me parecía el más difícil por cuanto hacía mucho tiempo que no estudiaba, así como por la diferencia de edades entre muchos de mis compañeros y un grupo de personas maduras que, como yo, habían decidido estudiar tardíamente la carrera (recuerdo muy bien al “profesor” Beltrán quien me había enseñado Ingles en cuarto y quinto de bachillerato, a Abel Cardona, quien era docente de Matemáticas), lo pasamos nítido.

Del Segundo en adelante me pareció que la carrera era muy fácil, tanto que al poco tiempo de iniciar el Segundo año me matricule en el plan de estudios nocturnos en

Filosofía y al iniciar el tercero me matriculé en la Facultad de Sicológia porque consideré que para mi trabajo de grado era indispensable la preparación a profundidad en este campo.

Es decir que hacía tres carreras simultáneamente, pero con mayor dedicación a odontología y aún así tuve tiempo para hacer deportes (futbol, balón mano, basketball, biesbol, tennis y hasta golf) así como para asistir a conciertos todas las semanas y para visitar cuanta exposición de pintura, cerámica, escultura, con sus correspondientes cursos de apreciación en la escuela de bellas artes, había.

Terminé mis estudios en Odontología en 1959, los de filosofía en 1960 y dejé los de psicología cuando terminé el cuarto año en 1960. En este año, me gradué como Doctor en Odontología pero no me gradué en filosofía pese a que presente tesis de grado y me fue aprobada.

Como dije atrás, tres de los hermanos nos metimos en los terrenos de Sculapio e Higea, dos como dentólogos y uno como matasanos, todos graduados en la Universidad Nacional de Colombia, pero todos tres en olor de santo, estress y frustración, el uno como sacerdote, la otra como siquiatra y yo como estomatólogo.

Y por artes de birlibirloque, al menos, el medico y yo, entramos en el campo de la transmisión de conocimientos sin más preparación en el arte de la conducción de otros o pedagogía (aquí debería haber escrito la referencia en griego, pero este ordenador no me dio la medida, es decir no incluyó el alfabeto griego) que la que nos da la vida.

El hecho es que de resultado de las frustraciones que me dio la existencia por haber nacido y crecido entre dentistas (mi padre, mi hermana y dos primos) y al estar ad portas de terminar la carrera, me hice a la idea y el propósito de reformar tanto su ejercicio como su enseñanza. Es decir me propuse ser el quijote de la odontología colombiana y convertirme en la piedra en el zapato de quienes la han venido manejándola con criterio cerrado y poco previsorio desde 1.923, cuando se fundo la Federación Odontológica Colombiana.

Con esta meta personal interior pero consignada por escrito, me vinculo al ejercicio profesional como odontólogo rural nombrado para la isla de Providencia, a donde llegué en barco motovelero desde Cartagena, pese a que el General Rojas Pinilla (Gurropin) ya había inaugurado el aeropuerto de San Andrés hacía por lo menos seis años y se suponía que el viaje por mar entre las dos islas era menos fatigante que el de Cartagena -Providencia.

Barreto JF

Pero en el mismo buque en el que llegué a la segunda ínsula en extensión del archipiélago caribeño de Colombia, me regresé puesto que las condiciones de trabajo en el colegio anglicano, con cuyo salario me redondearía el emolumento mensual que percibiría por parte del Ministerio de Salud, no me parecieron ni siquiera soportables, porque a pesar de ser un creyente católico pero practicante regular, la imposición, mas que la disciplina, me había hecho renunciar hacía muchos años a la incorporación a la vida monástica en la orden franciscana en el seminario de San Buenaventura de Cali, localizado en La Umbría y ahora no era el momento para aceptar una semejante o quizás mas drástica.

El hecho es que, teniendo en el bolsillo el nuevo nombramiento para hacer el rural en Leticia (al otro extremo del mapa patrio) durante la celebración del cabo de año de la muerte de mi padre, mi hermano, el medico, por entonces profesor en el Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública de la Universidad del Valle, me informa de la vacante que existía en el Centro Piloto de Salud de Candelaria y me pone en contacto con el Jefe del mismo (Departamento) Dr. Edgar Muñoz Laline, con el director del Centro y con el Decano de la Facultad de Medicina y después de muy poco esfuerzo de rechazo de mi parte, me vinculo como odontólogo rural en dicha entidad.

¡Iba despreciar la oportunidad de vivir en la proximidad de la sucursal del cielo por irme a las orillas del Amazonas ¡¡Mamola, como decía el negro Gaitán¡

En el Centro Piloto de Salud de Candelaria, Valle del Cauca, (aclaro específicamente el nombre porque, según el mapa editado por el Instituto Efraín, perdón, Agustín Codazzi, en Colombia existen por lo menos ciento doce sitios, entre municipios y veredas que en los distintos entes territoriales tienen este mismo nombre) tuve oportunidad de encontrar numerosas personas que me permitieron desarrollar el sueño de mi vida ya que, o me sirvieron de ejemplo, verbigracia Josefina Ferro, la entrañable Pepita Ferro hoy viuda de mi gran amigo, colega y explotador de mis habilidades y destrezas de soñador impenitente de la grandeza de la odontología, fundadora y directora del Programa de Auxiliares de Enfermería de Salud Pública; Argemiro Franco, director del Centro de Salud y diseñador del sistema veredal de puestos de salud; Guy Hayes, representante de la Fundación Rockefeller para Colombia y gestor del estudio de diarreas en la zona de influencia del Centro Piloto de Salud, programa que dio origen a dos hermosos proyectos: el de dotación de unidades sanitarias integrales, liderado por la Facultad de Arquitectura bajo la dirección inicial de “Chicho” Vásquez y la Casita de

Recuperación Nutricional, impulsada inicialmente por un medico norteamericano especialista en pediatría cuyo nombre se me escapa pero que creo se llamaba Joe Ray y, luego, por Alfredo Aguirre, Q.E.P.D.; Elizabeth Winingan, preocupada por la alta natalidad y mobi-mortalidad neonatal e impulsora del programa de control de la natalidad; y en fin, una pléyade de soñadores y realizadores de esfuerzos que tenían como meta orientar la práctica de la medicina, de la enfermería, de la arquitectura, de la ingeniería sanitaria, del desarrollo comunitario (impulsado por la Escuela de Trabajo Social), o que me apoyaron directamente, como el mismo doctor Hayes, el doctor Gabriel Velasquez Palau, Decano de la Facultad de Medicina, y otros que sería largo enumerar.

En Candelaria, Valle, durante el año 1.961 desarrollé el Primer Curso de Auxiliares de Higiene Oral que se hizo en Colombia, curso que por estar en el campo de la salud pública fue patrocinado por la Fundación Rockefeller a pesar de que esta entidad todo lo que tiene que ver con salud oral lo deriva hacia la Fundación Kellog.

Durante el año 1962, yo, Hiram Abbib, realice un levantamiento de necesidades en el campo de la salud oral mediante una encuesta de caries dental que incluía examen clínico e interrogatorio y que cubrió las diez veredas del municipio, encuesta que sirvió para dos fines: para demostrar que las enseñanzas de mi maestro de Salud Pública, doctor Arturo Ocampo Álvarez, no eran descabelladas y para servir de fundamento a la segunda encuesta que se realizaría en 1964, a mi regreso del curso de especialización en Odontología Sanitaria y Salud Pública realizado en Brasil, cuyos resultados dieron base a una propuesta presentada en 1965 con el propósito de diseñar un sistema regionalizado de prestación de servicios dentro de la Investigación Administrativa para Estudiar los Efectos del Empleo de Personal tipo Enfermera Dental de Nueva Zelanda.

¡Ajá! ¡¡¡Y aquí fue Troya!!!!

Los detentores del poder de veto al progreso y al crecimiento de la Odontología colombiana, impulsados desde la regional del Valle del Cauca y “pedaleados” por la directiva de la misma institución docente que durante los hechos del 8 y 9 de junio de 1954 provocaron la muerte de muchos estudiantes colombianos, en una crasa muestra de ignorancia sobre la legislación vigente y sobre el papel de la universidad colombiana en el desarrollo de la ciencia, se rasgaron las vestiduras, se cubrieron las sienes con cenizas y, como las viudas y plañideras hebreas (mejor, judías) elevaron sus lamentos al cielo mediante sendas denuncias en contra de la Universidad del Valle por haberse atrevido a incursionar en el campo de la salud

oral sin tener una Facultad de Odontología y a investigar en el mismo campo “desconociendo las leyes que regulan el ejercicio de la odontología”.

Más, ¿cómo les quedaría el ojo? cuando el Consejo de Estado, en fallo memorable le respondió a la magna entidad gremial de la odontología colombiana. FO C (no es error de escritura) que las Universidades en Colombia son autónomas en el campo investigativo y que en cuanto al empleo de personal auxiliar la misma ley 10 de 1960 que invocaba para sustentar su veto y su demanda, así como su decreto reglamentario, el 948 de 1.962 sustentado en el Comité de Personal Auxiliar de Odontología de la Organización Mundial de la Salud, permitía en Colombia el uso y la preparación de la Enfermera Dental tipo Nueva Zelanda!. ¡Y cuando conocí este Fa yo hice más estas sabias palabras: “¡Que chupen por atarantaos!” como dijo el paisa autor de “Bobadas Mías”.

Mientras esta investigación y los hechos conexos se realizaban, la Facultad de Medicina de la Universidad del Valle, en cumplimiento de su Segundo Plan Quinquenal de Desarrollo, crea el Comité Universitario Pro Facultad de Odontología en 1965, me designa su coordinador y lo encarga de elaborar y presentar el proyecto para crear y poner en funcionamiento los programas de formación de personal de salud oral.

Al mismo tiempo, “¡Alá, me tiene en su mano, majitu querido!” que el Decano de la Facultad me encarga del liderazgo en esta actividad, me nombra Secretario de Actas del Consejo de la Facultad de Medicina y organizador del Área Paramédica en donde se deberían reunir las personas que lideraban los planes y programas de Laboratorio Clínico, Estadísticos para la Salud o Bioestadísticos, Nutricionistas, Enfermeras, agentes de rehabilitación física, fonoaudiológica y de terapia ocupacional, técnicos en rayos X e imágenes diagnósticas, técnicos en medicina de las radiaciones y Auxiliares de Odontología, entre otros.

Presentado a la Fundación Rockefeller un Proyecto de Investigación Administrativa con el Empleo de Auxiliares de Odontología Escolar Rural tipo Enfermeras Dentales de

Nueva Zelanda, nuevamente como un elemento de mejoramiento de la salud pública, se logra la financiación y se pone en operación mediante el Curso de Auxiliares de Odontología Escolar que se desarrolla en Candelaria entre 1965 y 1.967-68 sin mayores contratiempos.

Pronto la carga docente y la larga carga administrativa me llevan a solicitar mi relevo en el área paramédica y allí me

Barreto JF

Barreto JF. (2021, 2021). 11416

¡Vaya, vaya, Hiram Abbib, como que te saliste con la tuya! ¡Ale – luya, Ale – luya cada uno con la suya, con la suya, con la suya, con la.....!

Claro que el mérito no ha sido “tuto mio” como parlano

reemplaza Inés Durana, mientras junto con el médico siquiatra Jaime Arango, el odontólogo Rodrigo Arboleda la enfermera Graciela Arango nos dedicamos entre 1968 y 1970 a organizar y poner en operación la Oficina de Educación Médica.

Para 1.968, vistos los buenos resultados de la Investigación Administrativa con el Empleo de Auxiliares de Odontología Escolar Rural, mediante carta dirigida al doctor Antonio Ordoñez Plaja, Ministro de Salud, yo, Hiram Abbib, propongo cinco puntos para la organización de un Plan Regional de Odontología para el Sur Occidente Colombiano, plan centrado en la Universidad del Valle, aunque en ella no existía aún Facultad de Odontología.

A mediados del año 68, el Ministro de Salud envía a Cali a los odontólogos del Ministerio de Salud, con el fin de discutir conmigo, Hiram Abbib, la posibilidad de que el desarrollo de las cinco estrategias originadas en la carta – propuesta como responsabilidad de la Universidad del Valle se pudieran realizar a nivel nacional con el concurso de las Facultades de Odontología existentes.

Se discute la estrategia y se decide organizar una reunión nacional de los Odontólogos Jefes de las Secretarías Departamentales de Salud y de sus equivalentes en los territorios nacionales, con asistencia de delegados de las Facultades de Odontología y con financiación del Ministerio de Salud.

Esta reunión se realiza a principios de 1969 en el Hotel Monasterio de Popayán y sobre la base de los resultados obtenidos en ella, el Ministro de Salud, en su informe al Congreso de Colombia, en Julio del mismo año 1969 presenta por primera vez la “Política de Odontología y el Plan Nacional de Salud Oral”, cuyos puntos esenciales son los contenidos en la carta – propuesta de Hiram Abbib.

En esta política se destacan el Programa de Educación Continuada en Odontología, originado en la puesta en práctica de lo aprobado en la Ley 51 de 1.960 que nunca

antes se había realizado. El establecimiento del Plan Nacional de Fluoruración de Acueductos. La creación y organización de las Unidades Estomatológicas Hospitalaria en los Hospitales de Tercer y Cuarto Nivel, aún por ejecutar en algunas regiones. El Plan Nacional De Formación De Personal Auxiliar De Odontología con funciones delegadas (Auxiliares de Odontología Social tipo Enfermera Dental de Nueva Zelanda, Auxiliares de Higiene Oral) Auxiliares de Consultorio Dental y Mecánicos Dentales y el Programa de Investigación sobre Nuevos Modelos de Práctica Profesional.

como si lo hace la Enfermera Dental de Nueva Zelanda, modelo que se proponía para la Auxiliar de Odontología Escolar propuesto desde la Universidad del Valle.

Como dicen los gitanos andaluces cuando la paila que

REREFENCES

Autoría Dr. José Fernando Barreto Reyes.